

Las alianzas en América Latina



Nicolás Comini

Universidad del Salvador
e-mail: nicolas.comini@usal.edu.ar

Tomás González Bergez

Universidad del Salvador
e-mail: tgbergez@usal.edu.ar

Introducción

La región se encuentra nuevamente convulsionada. Por supuesto que esto no representa una novedad. Para ser justos, desde fines de la Guerra Fría a la actualidad América Latina ha venido experimentando complejos cimbronazos en lo que se refiere a la definición de sus objetivos e intereses regionales. En ese marco, el subcontinente ha servido de trama para las más diversas alianzas y desacuerdos entre los países vecinos.

El presente ensayo analiza la regionalización latinoamericana a partir de la construcción de alianzas, entendidas como herramientas fundamentales para avanzar hacia una mayor vinculación regional y global. A tales fines, recurre a diferentes miradas teóricas para identificar los principales actores, mecanismos y pujas de poder existentes en torno a la misma, al mismo tiempo que expone las debilidades existentes en su interior y las oportunidades que se presentan ante el complejo contexto global.

Primero, lo primero

A lo largo de las últimas décadas, el regionalismo en América Latina ha sido motivo y centro de vastas discusiones y debates (Riggirozzi y Tussie, 2012; Sanahuja, 2009; Briceño, 2013; Serbin, Martínez y Ramanzini, 2012; Nolte, 2013). Condicionados por estímulos provenientes de un mundo cada vez más interconectado, los mecanismos y formas de concertación de la región han variado ampliamente, mutando sus ejes y prioridades. Las recurrentes variaciones en los ciclos políticos, económicos y sociales a nivel global, impactan directamente en Latinoamérica, exponiendo algunas de las debilidades existentes en su interior. El contexto actual evidencia tal aseveración.

De esta manera, los cambios de gobierno que tuvieron lugar tanto en Argentina como en Brasil y Perú, el desmembramiento de la democracia venezolana, la llegada de Donald Trump a la Casa Blanca, el avance de ideas proteccionistas y anti-globalizadoras que hicieron mella en Europa, el Brexit o el sostenido ascenso China y Asia Pacífico, se combinan como factores de alta incidencia en el tablero mundial y se traducen en procesos de cambio y replanteamiento de antiguas perspectivas. Todo ello impacta, sin lugar a dudas, en las dinámicas regionales. Es por ello que el presente trabajo analiza, desde diferentes perspectivas, el sistema de alianzas en la región latinoamericana, signado éste por reordenamiento de prioridades e intereses y por la cristalización del ecléctico mosaico político y social que hoy caracteriza

a la región. Para ello, resulta fundamental indagar inicialmente sobre los procesos de construcción de dichas alianzas, para poder así comprender e identificar aquellos factores sobre los cuales se han basado las asociaciones y acercamientos tanto culturales como económicos y políticos entre los Estados vecinos.

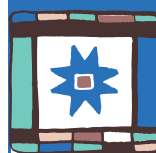
Con ese propósito, el presente trabajo se divide en seis secciones. La primera de ellas se dedica a introducir el marco teórico-conceptual dentro del cual se inserta la problemática, a partir del abordaje de algunos de los debates que en torno a las alianzas han tenido lugar en el seno de la disciplina de las Relaciones Internacionales. El segundo apartado presenta el estado de situación en el cual se encuentra la región latinoamericana. Seguidamente, se problematiza el sistema de alianzas regional desde una óptica realista, luego desde una liberal y finalmente desde una constructivista. Finalmente, el último segmento estructura las conclusiones alcanzadas a partir de lo estudiado, abriendo el debate a futuras perspectivas.

Diferentes maneras de ver las cosas

Entendido como uno de los ejes de mayor importancia de la política exterior, el establecimiento de alianzas, coaliciones o asociaciones entre Estados ha sido objeto de una amplia gama de análisis en el campo de las Relaciones Internacionales desde inicios de la disciplina. Históricamente, los Estados han intentado articular sus aspiraciones y neutralizar sus diferencias en favor de alcanzar mecanismos de cooperación (o confrontación) estratégicos que les permitieran avanzar en la defensa y obtención de sus intereses fundamentales. Para ello, han sido influidos por la coyuntura mundial y regional, así como condicionados por sus realidades internas y por sus objetivos nacionales.

En forma de coaliciones diplomáticas, acuerdos de cooperación o militares, organizaciones internacionales, arquitecturas supranacionales o asociaciones estratégicas, las alianzas han sido motivo de prolíficos trabajos dedicados a estudiarlas. De esta manera, los aportes desde el realismo, el liberalismo o el constructivismo –con sus respectivas actualizaciones teóricas– se vuelven relevantes a la hora de comprender el estado del sistema de alianzas, el cual traduce y traslada sus elementos comunes al tablero internacional actual. Por supuesto que puede parecer un poco anticuado concentrarse en estos tres enfoques, aunque no por ello pierden relevancia.

Las corrientes realistas suelen concebir a las alianzas como asociaciones formales (o informales) abocadas a la vinculación entre Estados, cuyo fin principal es el de aumentar el poder, la seguridad y la influen-



cia de sus miembros en respuesta a amenazas externas provenientes de uno o más países (Walt, 2009). De esta manera, las alianzas sólo se cristalizan cuando la complementación de capacidades individuales es mayor y más efectiva que el desarrollo de los factores materiales internos de aquellos Estados que participan (Dwivedi, 2012).

De acuerdo a la perspectiva de Walt, la asociación debería terminarse una vez que la amenaza haya sido superada y que el balance de poder haya sido restablecido (Walt, 2009). Ahora bien, en un mundo donde la distribución de capacidades materiales es altamente inequitativa, mientras que los países con mayor poder se alían para contrarrestar el ascenso de otros, los Estados débiles deben conformar asociaciones en su búsqueda de protección frente a los conflictos y amenazas de las potencias centrales, ya sea alineándose con el eje de mayor fuerza o apoyando a la “fuente desafiante” en alza, fuera por temor o por gracia (Dwivedi, 2012).

Las perspectivas realistas encuentran diferencias sustanciales con las propias de las escuelas liberales. Estas últimas adhieren a la existencia del estado de anarquía en el orden mundial, aunque suelen ser más optimistas en lo que refiere a la cooperación internacional. Además, suelen expresar que, por sobre las contradicciones que giran alrededor de los intereses nacionales individuales, existe una voluntad colectiva subyacente que considera a la cooperación como la única y mejor herramienta para alcanzar y conservar los intereses vitales de los Estados (Czechowska, 2013).

Bajo la misma lógica, las corrientes que se ocuparon de continuar el desarrollo teórico del liberalismo –si bien no niegan la existencia de amenazas externas y entienden que los compromisos internacionales sirven en tanto y en cuanto promuevan ganancias–, consideran a las alianzas como plataformas de vinculación multilateral cuyo posible carácter defensivo-ofensivo se complementa con objetivos que van más allá de lo estrictamente militar. Así, el crecimiento económico global, el desarrollo sustentable, la reducción de la pobreza, la ciberseguridad, el cambio climático, la vinculación cultural y la cooperación en desarrollo de I+D o la infraestructura, se incorporan a las agendas de los Estados e instituciones globales para converger posiciones y conformar nuevos patrones en el sistema de alianzas mundial (Bush, 2017).

Al clásico debate entre realistas y liberales se agrega la perspectiva constructivista, la cual analiza los acuerdos internacionales y los cambios en la política exterior a partir del estudio de las estructuras sociales propias de los Estados. Desde esta óptica crítica de las escuelas anteriores, el grado de participación y compromiso de un país en el sistema de alianzas dependerá de una multiplicidad de factores internos, asociados a la identidad e intereses de sus sociedades (Wendt, 1992).



Dentro de los mismos se destacan la ideología y el régimen político gobernante, los objetivos de sectores económicos y sociales, los cambios en el poder y en las instituciones políticas, así como los factores culturales o la opinión pública (Miller, 2012; Leed, Mattes y Vogel, 2009).

En este sentido, los intereses de diversos grupos sociales, el poder político y la capacidad de las instituciones de convertir dichos objetivos en políticas de proyección internacional, se cristalizan como factores de fundamental importancia al momento de conformar alianzas. La más mínima varianza en alguno de ellos podría tener un significativo impacto en las vinculaciones estratégicas ya alcanzadas (Perrota, 2013; Leed, Mattes y Vogel, 2009). En virtud de ello, la corriente constructivista expone, por ejemplo, que un cambio de gobierno producto de la alternancia electoral propia de la democracia, podría amenazar la continuidad de los pactos internacionales firmados, por el simple hecho de que los intereses del nuevo grupo político no responden a aquellos evocados por sus predecesores (Leed, Mattes y Vogel, 2009).

A partir de estas interpretaciones se desprende que la formación de alianzas y las percepciones de amenazas en el sistema internacional no deriva meramente de los factores materiales o de los efectos negativos de la cooperación multilateral, sino también de las ideas y construcciones sociales propias de cada Estado y sus sociedades. Bajo esta perspectiva, los países se ven mutuamente como amenazas y forman alianzas no sólo debido a las diferencias de poder militar y económico o a la necesidad de cooperación, sino también porque sus estructuras reflejan creencias y percepciones sobre la realidad política, económica y social global divergentes (Dwivedi, 2012; Wendt, 1992).

Todo esto permite analizar la conformación del sistema de alianzas latinoamericano actual, entendiendo que la multiplicidad de factores que intervienen en dicho proceso se ve reflejada en el complejo entramado político, económico y social de la región.

Alianzas latinoamericanas

Ahora bien, antes de analizar las alianzas desde estas diferentes miradas, resulta conveniente introducir algunas características generales sobre el estado de situación actual de las mismas en la región. El bienio 2015-2016 fue para América Latina un nuevo punto de inflexión. La victoria de partidos de centro-derecha en Argentina y en Perú, así como la profundización de la crisis en Venezuela y el impeachment que posicionó a Michel Temer al frente de uno de los países más poderosos de la región, evidenciaron el debilitamiento de los sectores de izquierda y centro-izquierda, espacios alejados de las multitudes que



habían sabido convocar y hasta cuestionados, en algunos casos, por sus tradicionales adherentes.

La desaceleración de la economía china dio por cerrada la gloriosa bonanza de los commodities que había motorizado la economía latinoamericana durante casi un decenio, exponiendo las flaquezas y debilidades de las gestiones tanto comerciales como fiscales ejecutadas durante aquellos años. De esta manera, la defensa de las políticas sociales –que lograron obtener un importante respiro en los índices de pobreza, desigualdad y empleo–, comenzó a verse erosionada debido, en parte, a las crisis económicas internas y a los crecientes niveles de inflación. Sumado a ello, el mosaico regional se vio complejizado por la proliferación de escándalos de corrupción que afectaron a las élites políticas de prácticamente todos los países de la región, debilitando aún más a los gobiernos en el poder (Sanahuja, 2016; Luhnnow y Forero, 2015).

Es en este escenario que un nuevo giro a la derecha modificó los colores políticos que habían teñido a América Latina desde inicios del nuevo siglo, asumiendo los desafíos que cualquier cambio de perspectivas supone. Convencidos de que una re-inserción a los mercados globales, una renovada participación en los espacios multilaterales dominados por las grandes potencias y un alineamiento a las medidas aperturistas se acompañarían directamente con escenarios de superávit y bienestar social (Bown, Lederman, Pienknagura y Robertson, 2017), las nuevas coaliciones gobernantes tomaron distancia de los años previos, oponiéndose en forma y fondo a las políticas aplicadas y enfrentándose a aquellos gobiernos que aún las defendieran (Comini, 2017).

Dichas coaliciones comenzaron a marcar las diferencias y a dividir las aguas entre los *antiguos* y los *nuevos* en los espacios comunes regionales. Esto se expresó, entre otras cosas en: las decisiones seleccionadas para combatir la pobreza, la desigualdad y el desempleo; las políticas macroeconómicas aplicadas para recuperar equilibrio en las balanzas comerciales y fiscales; las medidas adoptadas para hacer frente a las promesas de campaña y cambio, así como la inestabilidad política derivada de nuevos escándalos de corrupción, tales como el Lava Jato en Brasil, los Panamá Papers en Argentina o el caso de Odebrecht en toda América Latina. Con todo esto, las alianzas serían, una vez más, reestructuradas al compás de intereses reeditados.

En el caso particular de América del Sur, las victorias de Mauricio Macri y Michel Temer –acompañadas por el ascenso de Pedro Pablo Kuczynski en Perú y la profundización de la Alianza del Pacífico– y su voluntad por “desideologizar” la política exterior de sus Estados, lograron empujarse a dos de las instituciones regionales más importantes hasta la fecha, cuyo carácter central de diálogo y convergencia habían intentado unificar a los países latinoamericanos y fortalecer su posición



tanto interna como global. De esta manera, la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) –aunque todavía en vigencia– fueron ensombrecidas por mecanismos de negociación bilaterales o expresiones unilaterales (a través de la novedosa diplomacia digital o comunicados de prensa oficiales), dejando como espacio multilateral regional casi único a la vapuleada Organización de los Estados Americanos (OEA), con todo lo que ello significa (Paz y Cepeda, 2016).

Así, en la búsqueda de un desarrollo y un crecimiento más sustentable que permitiera la preservación de los avances sociales y políticos alcanzados por los gobiernos de años previos y que, a su vez, potenciara las oportunidades de cambio (o de continuidad), los Estados latinoamericanos fueron modificando su sistema de alianzas con el objetivo principal de tejer la trama indicada que les proporcionara los mecanismos adecuados para alcanzar sus intereses políticos, económicos y sociales.

Así, el característico apego de los países de la región al multilateralismo de las grandes potencias –en principio de carácter comercial– viene siendo reforzado por la reactivación de vínculos políticos. La proliferación de visitas oficiales por parte de funcionarios públicos de alto nivel se intensificó a partir del advenimiento de estas “nuevas derechas” en la región (Giordano, 2014; Soler, 2015).

Los múltiples puntos de contacto fueron asentando el terreno para un nuevo juego de alianzas. En su interior se sucedieron una variada gama de eventos, que abarcaron desde la gira presidencial del presidente de Estados Unidos Barack Obama a Cuba, Brasil y Argentina, hasta la visita de presidentes y primeros ministros tanto europeos como asiáticos, la participación de América Latina en foros de creciente importancia como las cumbres CELAC-UE, CELAC-China, el G20, el Foro Económico Mundial o las invitaciones oficiales desde y hacia Washington bajo la nueva administración Donald Trump.

En línea con un contexto en donde la proclamada “desideologización” es entendida como “mundialización selectiva” y la globalización teje vínculos multisectoriales, no es sorpresa que vuelvan a priorizarse espacios de contacto continentales o globales en detrimento de aquellos subregionales. El mencionado resurgimiento de la OEA como plataforma activa –aunque no necesariamente efectiva– de diálogo interamericano entra en sintonía con una mayor presencia de Estados Unidos en la región, luego de haber atravesado por un período en el cual el eje regional giró en torno a estructuras esencialmente latinoamericanas, tales como la UNASUR, ALBA o la CELAC (Hernández, 2011). En ese sentido, gran parte de América Latina vuelve a considerar a Washington dentro de su sistema de alianzas. Pero, como podrá observarse más adelante, en un contexto cargado de particularidades.



Ahora bien, mayoría no significa unanimidad. Al respecto, esta perspectiva se diferencia de manera categórica con la adoptada por el actual gobierno de Venezuela. Aquel país denuncia de manera sistemática los intereses imperialistas de Estados Unidos en la región, sumándose al histórico rechazo de Cuba y acompañado por Bolivia, Nicaragua, El Salvador, algunos países del Caribe y, en menor medida, Ecuador. Estando el régimen castrista fuera de la OEA y habiendo solicitado Nicolás Maduro su retirada, un nuevo espacio para un renovado “equilibrio de poder” –en términos realistas– encuentra lugar en la región. Al respecto, no resultaría sorpresa una pronunciación más clara por parte de China y Rusia (o India) en tanto aliados del régimen madurista, marcando una clara contraposición a los intereses norteamericanos traducidos en la región a través de la presidencia de Almagro en la OEA.

Realismo selectivo

Este escenario vuelve a proponer nuevos alineamientos que, desde una óptica analítica, es interesante abordar. Si bien estudiar el tablero latinoamericano a partir de una mirada meramente realista sería dificultoso (dada la baja capacidad y desarrollo de los factores materiales –esencialmente militares– que la región posee, así como el reducido peso específico de sus Estados en relación al equilibrio de poder global), existen ciertas categorías bajo las cuales podrían entenderse algunas actitudes.

En virtud de ello, el escenario regional encuentra nuevamente sus propias dinámicas de “equilibrio de poder”. Cabría así destacar la prioridad que Brasil asignó durante el último quinquenio a la construcción de una política exterior “activa y activa” –en palabras de Celso Amorim– que fortaleciera su proyección tanto sudamericana como internacional, así como la actitud de México de fomentar la *nation branding* de la popular Alianza del Pacífico (Nolte, 2016; Bernal, 2008).

Una mirada de este tipo tiende a asumir que el declive de los Estados Unidos, producido por las consecuencias económicas de la crisis del año 2008 y su impacto en la Unión Europea –y en el mundo en general– dejaron un “vacío de poder” que permitió la expansión de estrategias alternativas de regionalización en América Latina, identificadas por los expertos como posliberales (Sanahuja, 2012) o post-hegemónicas (Riggirozzi, 2012). En este contexto y en una lógica de círculos concéntricos, Brasil apuntó a la consolidación de su liderazgo en América del Sur. A través del fortalecimiento de la UNASUR y su estructura orgánica, la voluntad brasileña de exhibirse como líder regional se manifestó fundamentalmente a través de la construcción de sus diversos



consejos sectoriales. De esta manera, defendió a las organizaciones sudamericanas como los espacios prioritarios de concertación política sobre los cuales se proyectaría al mundo. El peso específico de Brasil se multiplicó a partir del incremento de la popularidad del grupo de los BRICS y de la agilización de su participación en los espacios multilaterales, tales como la Organización de las Naciones Unidas (ONU) o la Organización Mundial del Comercio (OMC).

Ahora bien, la perspectiva realista no admite un “hegemón” sin una previa puja de poder. En ese sentido, no debe perderse de vista el papel de México en la región. Desplazado del eje atlántico sudamericano y debilitado por la crisis comercial del año 2008, el país azteca buscó reactivar sus alianzas dentro el espacio regional en la búsqueda de nuevos socios comerciales que le permitieran fortalecer su presencia en el subcontinente. Así, profundizando su perfil de vinculación comercial, México motorizó a partir del 2011 la conformación de la Alianza del Pacífico (AP), abriendo una gran ventana liberal frente al denunciado proteccionismo enraizado en el MERCOSUR. Acompañado por las economías de Chile, Perú y Colombia, México apuntó sus carteras hacia la Cuenca del Pacífico, seducido por el incesante crecimiento chino y el ascenso de las economías de Asia del Pacífico (Bartese, 2014).

Con el objetivo de traccionar el crecimiento, el desarrollo y la competitividad de las economías de los países miembros, la AP avanzó progresivamente hacia la libre circulación de bienes, servicios, capitales y personas, así como hacia la estabilidad fiscal, el libre flujo de capitales extranjeros y el Estado de Derecho (Santa Cruz, 2013). Esto se asocia al hecho de que, como mencionan Oyarzún Serrano y Rojas de Galarreta (2013), estos países se arraigan en similares modelos de desarrollo, signados fundamentalmente por la apertura comercial, el regionalismo abierto y la priorización de la inserción económica, con los tratados de libre comercio a la cabeza. Los pilares aperturistas de la Alianza le valieron un exitoso despegue -muy común en los inicios de cualquier proyecto regional en América Latina-.

Dicho apuntalamiento inicial estuvo apoyado por las grandes economías del globo y fortalecido por la incorporación de tres de sus miembros a las negociaciones del entonces novedoso y prometedor Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP, por sus siglas en inglés) (Comini y González, 2017). La notoriedad alcanzada y el contraste de perspectivas dentro de la región latinoamericana permitió suponer que la Alianza del Pacífico –con México como uno de sus impulsores– funcionaría como actor de equilibrio ante el liderazgo de Itamaraty ejercido a través del MERCOSUR (Briceño, 2013).

Ahora bien, Stephen Walt (2009) propone una serie de categorías adicionales que, aunque signadas por perspectivas comerciales, podrían



encontrar cierta analogía en América Latina. Según el autor, en un mundo donde el equilibrio de poder estructura un sistema internacional anárquico, los pequeños Estados eligen alinearse bajo el ala de los más poderosos o amenazantes. Este fenómeno, comúnmente denominado *bandwagoning* (Dwivedi, 2012; Schroeder, 1994; Vasquez y Elman, 2003; Walt, 1987; Merke, 2013), representa un acto de apaciguamiento, a partir del cual los países débiles exigen o negocian cierta independencia para avanzar en el cumplimiento de sus objetivos nacionales (muchas veces ajenos a aquellos propios de los países centrales). Walt explica el concepto seleccionado bajo la luz de un diagnóstico unipolar, señalando a su vez que los pequeños Estados buscarán en la alianza alcanzar beneficios a expensas del hegemon (Walt, 2009).

Interesante es pensar qué sucede en el mundo multipolar actual y de qué manera la tendencia a buscar aliados en diversos espacios es aprovechada por los Estados en ascenso. En el caso latinoamericano podrían mencionarse ejemplos interesantes, aunque la variable del “poder militar” deja prácticamente fuera de juego una perspectiva estrictamente realista. En su afán por fomentar los vínculos económico-comerciales y mayores flujos de IED, países como Argentina, Brasil, Chile o mismo los Estados caribeños se encuentran ante la necesidad de medir con sutileza la profundidad de sus amistades y sus estrategias de *apaciguamiento*, especialmente cuando las potencias con las cuales buscan vincularse atraviesan momentos de algidez en sus relaciones diplomáticas.

Las políticas y medidas medioambientales adoptadas por Trump (siendo la retirada del Acuerdo de París una expresión extrema) o las agudas reprimendas a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), le valieron duras críticas tanto desde los espacios bilaterales como de los multilaterales, además de los provenientes del frente interno. Así, en la cumbre del G20 en Hamburgo, Washington se enfrentó a un clima hostil y altamente desfavorable, sin representar ello una sorpresa para nadie.

Ahora bien, como es digno de la política internacional, tomar partido es necesario si uno busca cosechar amistades. Es tal sentido, Argentina priorizó sus alianzas con sigilo: aun cuando la visita oficial de Angela Merkel llegó desde Berlín un mes antes de la Cumbre de Líderes del G20, el gobierno de Mauricio Macri debió activar su ingeniería diplomática para no participar ni ser involucrado en la disputa entre Alemania y Estados Unidos –atravesada por el proteccionismo, el nacionalismo y el medioambientalismo– y evitar así herir susceptibilidades poco estratégicas para su anhelado despegue económico, fuertemente dependiente de las inversoras externas.

Dicha estrategia de supuesto disimulo debió ser nuevamente requerida y re-aceitada en diversas oportunidades. Dentro de la lógica

multilateral, el gobierno de Cambiemos alza la bandera aperturista en virtud de que sus alianzas brinden frutos, viéndose obligado a exposiciones –como las dignas del Presidente de Estados Unidos– muchas veces incómodas, sobre todo en sus círculos internos.

En este marco, incorporando al análisis la lógica del poder duro, las alusiones de Trump, tales como los dichos sobre Corea del Norte y los limones argentinos, los acuerdos firmados durante la visita del ex-presidente Obama en 2016 que concretaron la compra de aviones destinados al control de la frontera y el combate del narcotráfico, o mismo la necesidad de una respuesta contundente a los dichos sobre una posible intervención militar como solución a la crisis en Venezuela de parte de la Casa Blanca, dan cuenta de cómo los asuntos militares pueden estar asociados con aquellos referidos a lo económico-comercial. El estrechamiento de relaciones (en este caso mercantiles) exige también una mayor permeabilidad ante temas a veces preferibles fuera de la agenda pública.

En un contexto similar, Evo Morales –cercano al gobierno de Maduro– debió enviar comisiones de negocios a Nueva York para intentar atraer inversiones que le facilitaran continuar con sus políticas domésticas. Incluso Cuba se esfuerza desde 2015 por restablecer sus relaciones diplomáticas con su vecino, buscando con cautela un mayor flujo de inversiones extranjeras norteamericanas (Luhnow y Forero, 2015). Por supuesto que ello no implica una alineación militar ni una aceptación tácita del *hard power* americano, aunque para algunos las sociedades comerciales podrían leerse como herramientas de dominación blanda.

La perspectiva caribeña no escapa a la dinámica. Como explican Martínez Alfonso y Cabrera (2009), teniendo en cuenta el tamaño de las economías, la mayor vulnerabilidad económica y ambiental o la baja capacidad de respuesta e incidencia sobre temas globales, para el CARICOM el mantenimiento de relaciones estrechas y equilibradas con Estados Unidos es vital. En ese sentido, un contexto internacional desfavorable como el actual constituye para el Caribe un importante desafío a la hora de proyectar sus vínculos en el mediano y largo plazo con Washington: frente a ello, las variables de seguridad internacional vuelven a vincularse con las económicas y cooperativas.

En sus relaciones con las potencias centrales, la CARICOM ha debido prestar especial atención a los asuntos de seguridad, incorporándolos tanto dentro de sus agendas de integración como dentro de sus pilares orgánicos (CARICOM, s/f). Aun cuando la CARICOM cuenta prácticamente desde sus inicios con el Sistema de Seguridad Regional –muy influenciado por los intereses de Estados Unidos, Gran Bretaña y Canadá–, incorporaron luego de la reforma del año 2002 el eje de seguridad como uno de los pilares fundacionales del organismo (CA-



RICOM, s/f). No obstante ello, debido al llano interés de Estados Unidos de evitar el avance del crimen transnacional organizado, el tráfico de estupefacientes y el tráfico ilícito de armas en sus áreas de influencia, existe y existirá por larga data una fuerte dependencia de la tecnología norteamericana (principalmente en inteligencia e interceptación) en la región caribeña (Martínez y Cabrera, 2009).

Estos casos, entre muchos otros, reflejan que la capacidad –y necesidad– de los Estados pequeños y medianos de actuar como *free riders* en un mundo multilateral y globalizado todavía representa una opción viable, aunque compleja. Para algunos, si bien ya no existe una potencia mundial, el *bandwagoning* sigue siendo una estrategia realista aplicable.

Liberalizándose

Desde una lógica distinta, las perspectivas liberales, preocupadas por la cooperación bilateral, regional o multilateral entre Estados, defienden a la vinculación comercial como herramienta esencial para la estabilidad global. Siendo el conflicto armado un factor que interrumpe la normalidad de las relaciones económicas propias de un mundo globalizado, las alianzas neutralizan las contradicciones y fortifican la convergencia en la búsqueda por alcanzar los intereses nacionales individuales (Dwivedi, 2012). En el mismo sentido, Gregory Miller (2012) explica que la variable económica es fundamental a la hora de comprender las alianzas desde una óptica liberal, ya que el flujo de intercambio suele ser el factor de mayor importancia al momento de definir los socios comerciales de un Estado.

Dicha perspectiva ofrece una explicación para comprender lo que sucede en el contexto regional actual. Aun cuando el MERCOSUR data desde principios de los años noventa, el relanzamiento con el que los nuevos gobiernos desean premiar al bloque sudamericano se asocia con la priorización de la variable económica, imponiéndose sobre las atacadas agendas políticas y sociales predecesoras. De esta manera, la carrera por repositionar a las economías del Atlántico sudamericano en los mercados y cadenas globales inicia a partir de nuevos diálogos de cooperación con sus históricos (y aún mayores) socios comerciales: los países del viejo continente (la UE), Estados Unidos y el vecindario regional. Claro es que China irrumpe como un miembro infaltable en la cartera de negocios, acompañada por economías medianas como las de Japón y las -alejadas- del Sudeste Asiático.

Iniciado ya en tiempos de gobiernos petistas, Brasil fue revisando el MERCOSUR comercial, adelantando la apertura hacia mercados



de mayor interés para las industrias y productos brasileños. En línea con las demandas de los sectores industriales y como señala Esteban Actis (2017), hacia fines del primer gobierno de Dilma Rousseff, Brasil comenzó a elaborar y negociar con distintos Estados una “propuesta brasileña” a los tratados bilaterales de inversiones convencionales¹. En la misma línea, en de mayo de 2017, el gobierno de Temer solicitó su ingreso formal a la OCDE, dando continuidad al acuerdo de cooperación firmado entre Brasil y la Organización en el año 2015 (Actis, 2017).

En perjuicio de los avances alcanzados, los países del MERCOSUR le han ido quitando progresiva relevancia al bloque, mutando su espíritu integral hacia una plataforma de internacionalización, más que de integración. Tomando nuevamente el caso argentino como ejemplo, puede apreciarse que la coalición Cambiemos encontró en la convergencia entre el bloque atlántico y la Alianza del Pacífico una plataforma alternativa para la profundización de las relaciones comerciales no sólo con México, Perú, Chile o Colombia, sino con los países asiáticos a partir de ella. A fines de 2016 los presidentes de Chile y Argentina en calidad de Presidentes Pro Tempore de sus respectivos bloques, se reunieron comprometiéndose a avanzar en favor de la apertura, el libre comercio, la integración económica regional y la promoción del desarrollo económico y social de la región. El encuentro presidencial fue continuado por la Primera Reunión Ministerial MERCOSUR-Alianza del Pacífico, llevada a cabo en Buenos Aires en abril de 2017 y protagonizada por los Ministros de Relaciones Exteriores y de Comercio y Producción de los países miembros de ambos bloques (Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, 2017). La integración vuelve a ser percibida desde su vertiente económica, algo que ya demostró límites claros a lo largo de la historia de la región.

Con un similar objetivo pero con perspectivas un tanto más complejas, el MERCOSUR ha expresado su interés en concretar una alianza comercial con la Unión Europea. Desde las perspectivas contemporáneas, este proyecto iniciado en tiempos de Carlos Menem y Fernando Collor de Melo, posicionaría tanto al bloque como a sus economías en las agendas de los países centrales, traccionando a favor –por ejemplo– del ingreso de sus miembros a la OCDE.

No obstante los avances y deseos de materializar redes de comercio globales de los actuales gobiernos del MERCOSUR (con clara excepción de la suspendida Venezuela), éstos no representan novedad para muchos otros Estados latinoamericanos. En ese sentido, cabe destacar –al margen del multilateralismo activo de Chile, México o Perú– que los países del Caribe y América Central ya habían dado inicio a su apertura comercial a lo largo de la última década.

Con un perfil menos estridente y sin tantas pretensiones de (re)ingresar a las agendas globales a través de alfombras rojas y grandes



vidrieras, países como Honduras, Panamá y Costa Rica o la CARICOM, recalcularon su entramado de vinculaciones y estrecharon nuevos vínculos societales. Los Acuerdos de Libre Comercio firmados entre Centroamérica y la Unión Europea en 2012; entre Panamá e Israel en 2015 o las negociaciones a favor de un TLC entre los países del SICA y Corea del Sur en 2017 son claros ejemplos de ello (OEA, s/f).

De esta manera y desde la perspectiva teórica liberal analizada, la concreción de estos acuerdos y la negociación de nuevos significaría para los países latinoamericanos involucrados la cristalización de una red de asociaciones y una alteración de su sistema de alianzas lo suficientemente fuertes como para afrontar las amenazas que afectan a la región.

A partir de la profundización de tales vínculos la región avanzaría lentamente hacia la reducción de brechas sociales, desocupación y pobreza, hacia un despegue económico productor de ganancias regionales, favorecería la integración regional, así como la transferencia tecnológica y de conocimiento a partir de la penetración en nuevos mercados (Bown, Lederman, Pienknagura y Robertson, 2017). De este derrame también se habló mucho en el pasado, y poco sucedió en la realidad.

En construcción

Resta entonces exponer los aportes correspondientes a la corriente constructivista. Como fue señalado previamente, las variables que esta teoría propone no se reducen al poder militar o a los factores económicos, sino que responden a los factores internos del Estado (Perrota, 2013). Según esta corriente, aquellas políticas que emanan del Estado son producto de un proceso de socialización y del entrecruzamiento de numerosos elementos inherentes al mismo, los cuales conforman y reflejan la identidad e intereses de sus sociedades (Wendt, 1992). Dentro de ellos es posible nombrar el apoyo social al gobierno de turno, la alternancia electoral, las pujas de poder entre los actores internos, la capacidad de las instituciones de responder y representar los intereses sociales, factores culturales o económicos y hasta la afinidad con diversos regímenes políticos (Leeds, Mattes y Voguel, 2009). Bajo esa misma lógica son tejidas y desmembradas las alianzas.

Desde esta perspectiva crítica, la fortaleza y compromiso de las asociaciones entre Estados no se circunscriben sólo a sus capacidades militares o al volumen en los flujos de comercio, sino que éstas pueden resquebrajarse, por ejemplo, con una simple alternancia de poder en un gobierno. Según autores como Leeds, Mattes y Voguel (2009), los cambios en la política exterior suelen ser consecuentes con una variación en el apoyo político al líder: cuando el nuevo gobernante recibe su

apoyo societal de un sector distinto al de su predecesor, es probable que los compromisos internacionales por el anterior asumidos también se vean afectados. Para los autores, esta posible fragmentación de las alianzas se debe a los procesos de “legitimidad” interna por los que atraviesan las políticas de Estado, fuertemente asociada con cambios en la inter-subjetividad de sus individuos (Wendt, 1992). De esta manera, siendo que la competencia política contempla debates sobre la proyección internacional del país, la alternancia en los segmentos que apoyan al gobierno, puede modificar el curso de acción de sus relaciones internacionales (Leeds, Mattes y Voguel, 2009).

El contexto por el que atravesó el MERCOSUR respecto a las medidas a adoptar sobre la realidad política y social de Venezuela, podría ser analizada desde esta lógica constructivista. Incluso cuando los sucesos en el país caribeño preocuparon y recibieron el rechazo de una gran porción de la comunidad internacional, el régimen de Maduro contaba con un aliado en el Sur durante el gobierno del Frente Para la Victoria en Argentina. Distanciado políticamente de Washington, el período liderado por Cristina Fernández de Kirchner defendió, aunque con ciertas divergencias internas, las medidas del país petrolero en su lucha contra el imperialismo norteamericano y sus enemigos internos. Durante esa etapa hubiese sido difícil imaginar que Argentina apoyaría la suspensión de Venezuela del bloque.

No obstante, la alternancia electoral en aquel país amenazó desde el principio la alianza entre ambos países. Así, dando continuidad a sus promesas de campaña, el gobierno de Mauricio Macri protagonizó la empresa anti-madurista tanto al interior del MERCOSUR como en el seno de la OEA y en sus visitas oficiales, logrando suspender a Venezuela del bloque sudamericano.

En la misma línea podría leerse la primacía de las alianzas comerciales sobre las políticas en la región. El fortalecimiento de los vínculos entre el MERCOSUR y la Alianza del Pacífico o la agilización de las negociaciones del bloque con la Unión Europea, parecerían avanzar en detrimento del desarrollo de plataformas de concertación política. La estigmatización de espacios como la UNASUR o la CELAC vía categorías despectivas propias de clubs de amigos pasados marginó a las instituciones que podrían ser relevantes a la hora de discutir políticas públicas regionales que trasciendan lo comercial. Nuevamente, estas medidas no responden sólo a las voluntades del gabinete, sino también a los pactos internos que los catapultaron al poder.

En este marco, es imposible obviar en el análisis la victoria de Donald Trump a fines de 2016 como un claro exponente de la fragilidad que las alianzas alcanzan frente a los cambios de gobierno. La salida de Obama y la asunción del partido republicano al Salón Oval han puesto en vil



innumerable cantidad de alianzas y lineamientos históricos en las políticas exteriores de Estados Unidos. Desde la OTAN hasta el NAFTA o el TPP, el viraje en la identidad e intereses del electorado norteamericano –en términos constructivistas– significó un reacomodo prácticamente total del sistema de alianzas regional y global.

Es por ello que esta lógica propone grandes desafíos para el futuro de la región. En 2018 y 2019 serán claves para América Latina, ya que tendrán lugar importantes sufragios presidenciales. Tanto Brasil y Chile como Colombia y México atravesarán procesos electorales que teñirán las perspectivas políticas que hoy caracterizan a la región.

Concluyendo. Lo viejo, lo nuevo

Las tres perspectivas son (y deben ser) complementarias. Lo primero que es importante comprender es que muchos de los nuevos fenómenos regionales no son casuales. La erosión del eje bolivariano y la marginación de la UNASUR y la CELAC no pueden ser entendidas sin pensarlas como instrumentos de un reposicionamiento internacional, de la misma manera que la sistemática votación del Caribe en favor de Venezuela en el seno de la Asamblea General de la OEA refleja los efectos subyacentes del famoso PetroCaribe y de la empatía étnica (Serbin, 2017).

Asimismo y como explica Gregory Miller (2012), la reputación de los países es fundamental a la hora de negociar nuevas asociaciones o relanzar viejas amistades. De esta manera, la decisión y forma de manifestarse ante determinadas situaciones tiene gran incidencia en el acercamiento (o no) entre actores y sectores con intereses compartidos. La vocación de los cuatro países fundadores del Mercado Común del Sur (MERCOSUR) de terminar con los largos años de aislacionismo (hecho que no es novedoso para Uruguay o los sectores industriales de Brasil y empresarios de Argentina), se conjuga con la voluntad de *reinsertar, relanzar, o normalizar* las relaciones económicas del bloque con el mundo. Esta actitud profundizó las discrepancias con el miembro caribeño, desgastando aún más las relaciones al interior del bloque.

Respaldados por los diagnósticos emanados de organismos internacionales como el Banco Mundial (BM), el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Foro Económico Mundial (WEF), la Organización Mundial de Comercio (OMC) o la CEPAL, la promoción del comercio; el libre cambio y la especialización; el desarrollo de infraestructura y conectividad; así como una mayor coordinación técnico-política y la reducción de tarifas, se posicionan como los mecanismos a disposición para fomentar y promover las oportunidades de mejora en la competitividad, el desa-

rollo económico y social de los países y de la región en su totalidad (Bown, Lederman, Pienknagura y Robertson, 2017; CEPAL, 2014). Claro es el impacto y bienvenido es el cambio para los principales sectores económicos del mundo entero (especialmente los europeos y norteamericanos), quienes aplaudieron las medidas de los nuevos gobiernos.

Ahora bien, según dichos análisis, este esfuerzo no tiene puerto si adolece de perspectivas regionales y conjuntas. En virtud de amortizar los shocks provenientes un contexto internacional en permanente cambio, los Estados de la región latinoamericana deben profundizar la integración, aumentar el comercio intrarregional, sacar provecho de los factores geográficos y culturales, promover la transferencia tecnológica y de conocimiento, al igual que multiplicar los puntos de contacto –principalmente comerciales– para hacer uso de las complementariedades regionales existentes (Bown, Lederman, Pienknagura y Robertson, 2017), 2017; CEPAL, 2014). Este “noble” deseo se torna dificultoso en un continente de incesantes turbulencias.

Desde “la vereda de enfrente” a la *marea neoliberal*, los países que aún encuentran sus bases políticas, económicas y sociales en los ideales bolivarianos (Venezuela, Nicaragua, Bolivia o Ecuador –este último en menor medida luego de la victoria de Lenin Moreno–), denostan las políticas *noventosas* y defienden el fuerte rol del Estado y de las políticas redistributivas que tuvieron tanto éxito entre los años 2003 y 2015. Nuevamente, dichas expresiones responden a objetivos nacionales y encuentran también sus espacios de bienvenida a lo largo del globo.

En una posición menos tendenciada, aunque no por ello menos compleja, podría ubicarse la región del Caribe. Su vinculación histórica con Venezuela (a través del ALBA, la iniciativa PetroCaribe o incluso en el seno de la OEA), encuentra fuertes contradicciones con su dependencia norteamericana y su necesidad de apertura comercial y política global –voluntad expresada y definida en su Plan Estratégico 2015-2019 (CARICOM, s/f).

Retomando algunas palabras previas, el fin del boom de los *commodities* (producto de la contracción de la economía china) obligó a los países de América Latina más afectados a desempolvar viejos socios comerciales. No debe perderse de vista que los niveles de Inversión Extranjera Directa (IED) y los flujos comerciales entre el gigante asiático y el espacio latinoamericano se multiplicaron exponencialmente entre el 2003 y el 2015. Hacia inicios del milenio, China estaba lejos de ocupar el lugar privilegiado que asumiría luego de diez años de inyección comercial y financiera en la región (ya para el año 2012, se posicionaba dentro de los tres socios estratégicos comerciales de Brasil, Chile, Perú, Uruguay, Venezuela, Colombia y Argentina). Este fenómeno que llevó a muchos expertos a cuestionar los fundamentos de dicha



cooperación Sur-Sur y a plantear que nos encontrábamos frente a un Consenso de Beijing, dejó un importante vacío cuando comenzó su contracción (Slipak, 2014).

Como es propio del sistema internacional (defendido en sus bases por el realismo más puro), ningún vacío se mantiene vacante. A pesar de que la contracción no fue total, el espacio dejado por China fue repartido velozmente por nuevos actores internacionales. Preocupados en un principio por el proteccionismo amenazante de Donald Trump y por las tendencias aislacionistas que entraban en boga en Europa (empezando por el Brexit, el Frente Nacional francés y siguiendo por las tendencias derechistas en Dinamarca, Países Bajos o el Este del continente), los nuevos gobiernos en América Latina se concentraron en promover un profundo multilateralismo. Comisiones diplomáticas y comerciales de Argentina y Brasil, se sumaron a las tendencias expansivas (en términos de vinculación internacional) propias de los países del Pacífico, (re)iniciando relaciones comerciales en todas las direcciones: desde Medio Oriente a Estados Unidos, desde Singapur y Japón a la Unión Europea (Luhnow y Forero, 2015). En este contexto cabe señalar el importante rol de la región, la cual a través de propuestas como la convergencia entre el MERCOSUR y la Alianza del Pacífico o un rediseño de la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI), aprovechó las nuevas perspectivas comerciales y encontró en el vecindario posibilidades de complementación.

Ahora bien, el análisis propuesto da cuenta de la clara heterogeneidad por la que atraviesa la región latinoamericana en la actualidad. La contraposición entre los proyectos políticos, las crisis internas de los Estados, sumado a lógicas de vinculación atomizadas e individualistas, y a una falta de diagnósticos y soluciones con improntas colectivas, propone un estado de situación delicado y riesgoso para América Latina.

Frente a eso, es necesario –y urgente– retomar antiguos debates y reflexionar sobre las verdaderas ventajas y oportunidades que pensar en clave regional supone. Para ello, cabe preguntarse si este *sistema de alianzas* que el subcontinente está conformando se articula a favor de un mayor y más productivo “regionalismo latinoamericano” –con respuestas y diagnósticos comunes– o si la complejidad de escenarios existentes se estructura en función de responder a objetivos e intereses nacionales e individuales, en detrimento de la promoción de horizontes regionales conjuntos.

En este sentido, la defensa de los intereses vitales y el avance en favor de los objetivos nacionales (que, en realidad, muchas veces se confunden con los de un gobierno en particular) implican cooperar con los vecinos, diagramar e implementar políticas regionales concretas y avanzar en dinámicas de socialización que, lejos de ser sencillas, suelen generar tensiones, rispideces y, por qué no, conflictos.

De esta manera, en un contexto atomizado y desarticulado como el que parece ser el actual, se impone la necesidad de incorporar al estudio de las alianzas algunos elementos fundamentales. Deben poder distinguirse las perspectivas meramente societales de los vínculos entre Estados, de alianzas más profundas, redituables y duraderas. Así, se cree que la integración no debería construirse bajo la lógica de percibir al otro meramente como un “socio estratégico”, ya que una vez que las ganancias específicas se hayan agotado, el mismo destino le esperará a dicha sociedad. Como se desprende del sistema internacional actual, la flexibilidad y la previsibilidad son recursos escasos, pero necesarios. La región no debería hacerlos a un lado.

Notas

1. Entre marzo de 2015 y abril de 2016, se firmaron 7 Acuerdos Comerciales de Facilitación de Inversiones, a saber: Mozambique (marzo de 2015); Angola (abril de 2015); Malauí (junio de 2015); México (mayo de 2015); Colombia (octubre de 2015); Chile (noviembre de 2015); Perú (abril de 2016) (Actis, 2017; Globo Brasil, 2015; The Economist, 2013; BBC, Brasil, 2015).

Bibliografía

- Actis, E., La política exterior de Michel Temer, en: *Foreign Affairs Latinoamérica*, México, 31/08/2017. Disponible en: <http://revistafal.com/la-politica-exterior-de-michel-temer/> (último ingreso: 27/03/2018).
- “Acuerdos Comerciales”, Organización de los Estados Americanos, sin fecha. Disponible en: http://www.sice.oas.org/agreements_s.asp
- “Aprovação de mega-acordo comercial no Pacífico ‘acende alerta para Brasil”, BBC, 05/10/2015. Disponible en: http://www.bbc.com/portuguese/noticias/2015/10/151005_acordo_comercial_jf_ab
- Bartese, I., “El MERCOSUR y la Alianza del Pacífico, ¿más diferencias que coincidencias?”, en: *Mundo Asia Pacífico*, vol. 3, no. 1, 2014, pp. 43-56.
- Bernal Meza, R., “Argentina y Brasil en la Política Internacional: regionalismo y Mercosur (estrategias, cooperación y factores de tensión)”, en: *Revista Brasileira de Política Internacional*, vol. 51, no. 2, 2008, Brasilia.
- Bown, C. P., Lederman, D., Pienknagura, S. y Robertson, R., *Better Neighbors: Toward a Renewal of Economic Integration in Latin America*, Washington DC, World Bank, 2017.
- Briceno Ruiz, J., “Ejes y modelos en la etapa actual de la integración económica regional en América Latina”, en: *Estudios internacionales*, vol. 45, no. 175, 2013, Santiago de Chile.



- Bush, R., "You've Got a Friend in Me Why U.S. Alliances Make America Safer", en O'Hanlon, M. (ed.), *Brookings Big Ideas for America*, Brookings Institution Press, 2017.
- CEPAL, *La Alianza del Pacífico y el MERCOSUR: hacia la convergencia en la diversidad. División de Comercio Internacional e Integración*, Santiago de Chile, CEPAL, 2014.
- Comini, N., Latinoamérica, en blanco y negro, en: *Revista Foreign Affairs Latinoamérica*, México, 28/08/2017. Disponible en: <http://revistafal.com/latinoamerica-en-blanco-y-negro/> (último ingreso: 27/03/2018).
- Comini, N. y González Bergez, T., "El TPP en perspectiva: de la euforia, a la frustración, de la frustración a la esperanza", en: *Diálogos, Revista Asia América Latina*, vol. 1, no. 3, 2017, Buenos Aires.
- Czechowska, L., *The concept of strategic partnership as an input in the modern alliance theory*, Toruń, Nicolaus Copernicus University, 2013.
- Dwivedi, S., "Alliances in International Relations Theory", en: *International Journal of Social Science & Interdisciplinary Research*, vol. 1, no. 8, 2012, pp. 224-237.
- Giordano, V., ¿Qué hay de nuevo en las «nuevas derechas»? en: *Nueva sociedad*, noviembre-diciembre 2014, Buenos Aires. Disponible en: <http://nuso.org/articulo/que-hay-de-nuevo-en-las-nuevas-derechas/> (último ingreso: 27/03/2018).
- Hernández, R., "Commentary: Alliances and Dis-alliances between the United States and Latin America and the Caribbean", en: *Latin American Perspectives*, vol. 38, no. 4, 2011, pp. 131-136.
- "Kátia Abreu critica lei agrícola dos EUA e fala em 'isolamento' do Brasil", O Globo, 15/10/2015. Disponible en: <http://g1.globo.com/economia/agronegocios/noticia/2015/10/katia-abreu-critica-lei-agricola-dos-eua-durante-evento-da-cna.html>
- Leeds, B. A., Mattes, M., y Vogel, J. S., "Interests, institutions, and the reliability of international commitments", en: *American Journal of Political Science*, vol. 53, no. 2, 2009, pp. 461-476.
- Luhnow, D y Forero, J., El populismo pierde terreno en América Latina, en: *Diario La Nación*, Buenos Aires, 24/11/2015. Disponible en: <http://www.lanacion.com.ar/1848240-el-populismo-pierde-terreno-en-america-latina> (último ingreso: 27/03/2018).
- Martínez Alfonso, L. y Cabrera, M., "Las relaciones CARICOM-Estados Unidos frente al siglo XXI: hoy como ayer", en Martínez Alfonso, L., Peña, L. y Vázquez, M. (coords.), *Anuario de la Integración regional de América Latina y el Gran Caribe* no. 7, Buenos Aires, Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales, 2009.
- Merke, F., "Neither Balance nor Bandwagon: South American International Society meets Brazil's Rising Power", ISA-FLACSO Conference, 23-25/07/2013.



- Miller, G., "Alliances and Reputation in International Relations", en Miller, G. (ed.), *The Shadow of the Past. Reputation and Military Alliances before the First World War*, Ithaca, Cornell University Press, 2012.
- Nolte, D., "Latin America's New Regional Architecture: Segmented Regionalism or Cooperative Regional Governance?", en: *XXXI International Congress of the Latin American Studies Association (LASA)*, Washington DC, 2013.
- Nolte, D., "The Pacific Alliance: Nation-Branding through Regional Organisations", en: *GIGA Focus Lateinamerika*, no. 04, 2016.
- Oyarzún Serrano, L. y Rojas de Galarreta, F., "La alianza del pacífico en América Latina ¿Contrapeso regional?", en: *Cuadernos sobre Relaciones Internacionales, Regionalismo y Desarrollo*, vol. 8, no. 16, 2013, pp. 9-30.
- Paz, J. y Cepeda, M., "El nuevo rol de la OEA: ¿el regreso del "americanismo"?", en: *Nueva Sociedad*, julio 2016. Disponible en: <http://nuso.org/articulo/el-nuevo-rol-de-la-oea-regreso-del-americanismo/> (último ingreso: 27/03/2018).
- "Plan de Acción 2015-2019. Documento Oficial", CARICOM, sin fecha. Disponible en: www.iin.oea.org/pdf-iin/Resoluciones/Plan-de-Accion-2015-2019.pdf
- Perrotta, D., "La integración regional como objeto de estudio. De las teorías tradicionales a los enfoques actuales", en Llenderozas, E. (ed.), *Relaciones Internacionales. Teorías y debates*, Buenos Aires, Eudeba, 2013, pp. 197-252.
- "Reunión Ministerial Mercosur-Alianza del Pacífico, Comunicado Conjunto", Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, 07/04/2017. Disponible en: <https://www.mrecic.gov.ar/reunion-ministerial-mercosur-alianza-del-pacifico-comunicado-conjunto>
- Riggirozzi P. y Tussie D., "The Rise of Post-Hegemonic Regionalism in Latin America", en: Riggirozzi P. y Tussie D. (eds.), *The Rise of Post-Hegemonic Regionalism*, United Nations University Series on Regionalism, vol. 4, 2012.
- Riggirozzi, P., "Re-territorializando consensos: Hacia un regionalismo post-hegemónico en América Latina", en Serbin, A., Martínez, L. y Ramanzini, H. (coords.), *Anuario de la Integración Regional de América Latina y el Gran Caribe. El regionalismo "post-liberal" en América Latina y el Caribe: Nuevos actores, nuevos temas, nuevos desafíos*, Buenos Aires, Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales, 2012, pp. 129-152.
- Sanahuja, J. A., "Regionalismo e Integración en América Latina: de la fractura Atlántico Pacífico a los retos de una globalización en crisis", en Sanahuja, J. A., *Pensamiento Propio. América Latina: de la bonanza a la crisis de la globalización*, no. 44, Buenos Aires, Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales, 2016, pp. 29-73.
- Sanahuja, J. A., "Del regionalismo abierto al regionalismo postliberal. Crisis y cambio en la integración regional en América Latina", en Martínez Alfonso, L., Peña, L. y Vázquez, M. (coords.), *Anuario de la integración regional de América Latina y el Gran Caribe*, no. 7, Buenos Aires,



Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales, 2009, pp. 12-54.

Sanahuja, J. A., "Regionalismo post-liberal y multilateralismo en Sudamérica: El caso de UNASUR", en Serbin, A., Martínez, L. y Ramanzini, H. (coords.), *Anuario de la Integración Regional de América Latina y el Gran Caribe. El regionalismo post-liberal en América Latina y el Caribe: Nuevos actores, nuevos temas, nuevos desafíos*, Buenos Aires, Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales, 2012, pp. 19-72.

Santa Cruz, A., "Un paso adelante en la integración Latinoamericana Perspectivas locales de la AP", Confederación de la Producción y del Comercio, 10/12/2013. Disponible en: http://www.cieplan.org/media/actividades/archivos/39/Presentacion_de_Andres_Santa_Cruz.pdf (último ingreso: 27/03/2018).

Schroeder, P., "Historical Reality vs. Neo-Realist Theory", en: *International Security*, vol. 19, no. 1, 1994, pp. 108-148.

Serbin, A. y Serbin Pont, A., Venezuela: los de afuera no son de palo, en: *Diario Perfil*, Buenos Aires, 20/07/2017. Disponible en: <http://www.perfil.com/internacional/venezuela-los-de-afuera-no-son-de-palo.phtml>

Serbin, A., Martínez, L., y Ramanzini Júnior, H., "El regionalismo post-liberal en América Latina y el Caribe: Nuevos actores, nuevos temas, nuevos desafíos", en Serbin, A., Martínez, L. y Ramanzini, H. (coords.), *Anuario de la Integración Regional de América Latina y el Gran Caribe. El regionalismo post-liberal en América Latina y el Caribe: Nuevos actores, nuevos temas, nuevos desafíos*, Buenos Aires, Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales, 2012, pp. 7-18.

Slipak, A., América Latina y China: ¿cooperación Sur-Sur o «Consenso de Beijing»? , en: *Nueva sociedad*, marzo-abril 2014, Buenos Aires. Disponible en: <http://nuso.org/articulo/america-latina-y-china-cooperacion-sur-sur-o-consenso-de-beijing/> (último ingreso: 27/03/2018).

Soler, L., ¿Qué hay de nuevo? Las derechas en América Latina, en: *Nodal*, 12/05/2015. Disponible en: <https://www.nodal.am/2015/05/que-hay-de-nuevo-las-derechas-en-america-latina-por-lorena-soler/> (último ingreso: 27/03/2018).

"Strategic patience runs out", *The Economist*, 2013. Disponible en: <https://www.economist.com/news/americas/21591629-last-brazil-keen-tradedeal-strategic-patience-runs-out>

Vasquez, J. y Elman, C., *Realism and The Balancing of Power: A New Debate*, New Jersey, Practice Hall, 2003.

Walt, S., *The Origins of Alliances*, Ithaca, Cornell University Press, 1987.

Walt, S., "Alliances in a Unipolar World" en: *World Politics*, vol. 61, no. 1, 2009, pp. 86-120.

Wendt, A., "Anarchy is what States Make of it: The Social Construction of Power Politics", en: *International Organization*, vol. 46, no. 2, 1992, pp. 391-425.

